

Luyanó

Vielas Postales descoloridas.

CAMBIO DE DECORACION.

Por Federico Villech.

LA vieja postal andante de hoy se llama Don Higinio Sanfield, y nos proporciona datos interesantísimos de esta barriada de Luyanó y sus alrededores, que recorreremos esta tarde en nuestro automóvil, en paseo que pudiéramos llamar histórico. Claro que no afecta en nada al desenvolvimiento del comercio, la industria y las artes modernas, y menos aún influye en el resultado de las próximas elecciones, saber que ahí donde se levanta hoy el Capitolio, existió antes la Casa de Pasajeros del Ferrocarril de Villanueva, en su primer trayecto a Bejucal; pero, como diría Cantinflas, el héroe incoherente de la pantalla mexicana: —¿Y usted, para qué me lo pregunta?

—Para usted, que ha sido hombre de teatro, nos dice nuestro compañero de paseo, puede emplearse un término que le será comprensible: el de «cambio de decoración». Nada nos gustaba tanto cuando de muchacho íbamos a ver las comedias, como ver subir los telones y cambiar a cada rato la vista de la escena, un campo yermo convertirse en un jardín florido; la humilde choza de un labrador, en el soberbio palacio de un potentado, etcétera.

—Y así es la verdad—le contestamos—; el destino es el gran tramoyista de la vida, que tira de los cordeles y cambia las decoraciones a su gusto. En la vida del hombre, y de los pueblos, hay escritas infinitas mutaciones que él no hace más que poner en práctica, según se va desarrollando el drama de la Historia: llegados esos instantes, no hay más remedio que cambiar de decoración; porque si no, el público silba, se revoluciona y protesta.

Hay algunos sitios en La Habana en que continúa en pie la misma decoración, que por negligencia o lo que sea, hemos estado viendo durante años: una de ellas, el antiguo palacio de los Capitanes Generales de la Colonia, y la Plaza de Armas que delante de él se levanta: la han retocado, avivado sus colores, reforzado algunos detalles, pero con muy escasa diferencia, es la misma decoración de los tiempos de España. Es una decoración tan reciamente arraigada en el recuerdo, que en ocasiones le parece a uno que va a ver de un momento a otro el relevo de la guardia de voluntarios; entrar y salir por el gran portón del centro, los políticos y los mandarines de entonces; y quieras que no, viene a la memoria la obligada frase del caso: «los mismos perros», etc., etc. En cambio, en otros sitios, el cambio de decoración ha sido tan completo que ni recuerdo del pasado: el Malacón de la Bahía; la desaparición total del caserón amarillo que fué la Cárcel y el Presidio; el Capitolio, el Centro Gallego, el Centro Asturiano, y dentro de poco, dícese que también lo será el teatro Payret.

—Una ciudad—dice por su parte nuestro confidente—es como el gran escenario de un teatro que está cambiando de decoración continuamente. Plazas, calles y edificios desaparecen con tal rapidez, que llega uno a dudar si aquello que contempla ante sus ojos es lo mismo que vio en ocasiones hace menos de 5 o 6 años. Cuando yo era mozo de quince a diecisiete—continúa don Higinio—aconteciame venir a buscar aquí a Jesús del Monte una casa o una calle, y encontrarme con otra distinta por completo. Toda esta barriada del Puente de Agua Dulce se transformó como quien dice, entre las manos, en menos de seis o siete años. El barrio de Luyanó puede decirse que surgió como por escotillón, con tal prontitud se levantaron sus casas y sus calles, apenas se fundó en la calzada la «Gran Fábrica de Tabacos y Cigarros de Henry Clay», el 27 de noviembre de 1888. La fundación de la fábrica fué la caída del premio gordo de Navidad de Madrid para aquella barriada, cada uno de cuyos vecinos parecía ser poseedor de un pedazo del billete afortunado; empezaron a correr pesos y centenes, alforzinos como un río de oro

Obreros, despalladoras, capataces, empleados, etc., empezaron a ocupar las casas de los alrededores, y se comenzó en el acto la fabricación de otras que las necesidades de aquella industria demandaban: la nueva fábrica fué una bendición del cielo para el barrio de Luyanó, que crecía por meses como la espuma; y todo eran felicitaciones y enhorabuena para su fundador y propietario, el Príncipe de la Industria Tabacalera Cubana, Don Julián Alvarez. Aquel sí fué un cambio de decoración de inmensurable importancia. Lo que se llama hoy la calle del Tamarindo, era una vasta extensión de terreno ocupada por la finca del propio nombre. El canalizo llegaba hasta el mismo Fuente de Agua Dulce, a cuyo pie las barcazas de carbón y madera, que venían del puerto, descargaban sus mercancías.

Cuando en 1888, 89, etc.—y esto lo decimos nosotros—el conocido abogado de aquellos tiempos, doctor Arturo Amblard, llevó a cabo la fusión de los ferrocarriles de la Bahía y Villanueva, que tomaron el nombre que hoy llevan de Ferrocarriles Unidos de La Habana, aquí en esta esquina donde comienza la Calzada del Monte, se levantó una estación de madera que se llamó de Salamanca, apellido del capitán general que gobernaba la Isla, y a la que acudían a tomar los trenes los pasajeros que iban para Aguada del Cura, San Antonio de los Baños, Govea y Guanajay, convirtiendo el lugar en uno de los más animados de aquella época: recientemente se ha verificado aquí otro cambio de decoración: donde estaba la estación, que era una vulgar casilla de ma-

2

X

dera, existe al presente una toma de gasolina; pero el sitio continúa tan animado y concurrido como entonces.

A esta decoración, levantada en el centro de La Habana, representando el Capitolio y sus alegres alrededores conocidos por el aire libre, precedió no habrá más de veinte años, otra, si no tan alegre y artística, sí más animada y pintoresca: la del gran patio de la estación del Ferrocarril de Villanueva y el amplio Campo de Marte, en cuyos cuartos, que daban para la calle de Amistad, estuvo instalado provisionalmente el Mercado de Abasto de La Habana, mientras se fabricaba la nueva Plaza del Vapor, inaugurada en los comienzos del año 1880. La anterior, que era de madera, desapareció devorada en pocas horas por un terrible incendio, acontecimiento que dió lugar a la creación del tan nombrado y glorioso Cuerpo de Bomberos del Comercio, de aquella época. Desde luego que en aquellos cuartos la sanidad brillaba por su ausencia; pero ¡qué animación, y alegría, y ajetre, en aquel mercado al aire libre, a estilo de los moriscos que vemos en las películas! Los guajiros que desembarcaban en la estación del frente, pasaban en el acto a los puestos y tenderetes cubiertos de lona del Campo de Marte, y éste se convertía en una feria, como las de la Candelaria, de la Mocha; Jesús Nazareno y otras célebres por el estilo. Cruzaban el espacio los pregones de los dueños de puestos y los mesilleros, brindándole al público sus mercancías: ¡Al buen calzado de Mallorca! ¡Fuertes zapatos de Cabrisas! ¡Elegantes botines de Ciudadela! ¡Al fino sombrero de Panamá! ¡Jabón de Rocamora y Sabatés! ¡Forros de catre de buena rusia! (Las barras, generalmente, de dura madera de majagua, tenían una medida standard). ¡Tortas de casabe y jutías ahumadas! Y el gruñir de los cerdos por un lado, y el cacarear de las gallinas y el canto estridente de los gallos por otro, despertaban el recuerdo de las haciendas y sitierías criollas. En la época de las grandes lluvias, el agua corría como desbordado torrente sobre aquellas endebles techumbres de zinc, cartones y tejas de mala clase, formando alrededor de los tenderetes grandes y malolientes lagunatos. Algunos puestos guardaban de noche sus mercancías en casas y departamentos de la vecindad. Cuando se inauguró, al fin, la Plaza del Vapor, aquellos sitios quedaron convertidos en basureros, hasta que años después, siendo alcalde de La Habana Segundo Alvarez, tuvo lugar en aquel sitio otro importante cambio de decoración.

El Campo de Marte, que hasta entonces había sido un verdadero rincón abandonado, se convirtió en uno de los sitios más pintorescos de La Habana: se sembraron árboles y flores en gran profusión en sus canteros; se llenaron de cómodos bancos y elegantes sillas de hierro sus avenidas; se construyeron lindas casitas a la americana para uso de los guardaparques; se amplió y cerró con un artístico enrejado la fuente del centro, en cuya amplia piscina se instaló un criadero de pequeños cocodrilos, que constituían el encanto de los fines que allí iban a jugar

de mañana y tarde con sus papás y manejaadoras; pero lentamente volvió a recuperar la incuria su dominio, hasta que se efectuó, al cabo, el último y definitivo cambio de decoración, apareciendo la amplia y animada Plaza de la Fraternidad, que hoy ocupa y llena el sitio todo, que fué un tiempo el Campo de Marte de La Habana.

¡Ah! Si en aquel tiempo de nuestras viejas postales descoloridas hubiese existido el cinematógrafo, cómo se conservarían hoy, y admiraríamos en toda su realidad y pureza, aquellos paisajes, escenas, sitios, personas y acontecimientos a los que en vano hemos pretendido darles vida con los escasos recursos de nuestra modesta pluma, empleando inútilmente cuantas figuras y metáforas poéticas se nos han ocurrido para aproximarnos lo más posible a lo cierto! Las futuras generaciones gozarán de ese beneficio; los postales del mañana cambiarán la pluma por la cámara fotográfica, y la cuartilla por el celuloide; y el periódico servirá para anunciar el sitio en que se exhiben esas películas; y ese sí será un cambio de decoración.

Entre los competidores que en noble y provechosa lid nos han salido a la palestra, tenemos especial agrado en referirnos al señor Alfredo Benítez, nuestro viejo amigo, director de los Estudios Cinematográficos Roland, establecidos en la Calzada de Galiano número 112. Benítez fué compañero y ayudante muy eficaz de aquel dibujante tan popular y querido en La Habana, allá por los años 1918, 20, etcétera, rey, como se le llamaba, de la «línea femenina», el que preferían por sus elegantes dibujos los establecimientos de modas: Jaime Vals, que tuvo por maestro y guía al magnífico dibujante catalán, también muy elogiado y popular en España, en su tiempo, años de 1880, 82, etcétera, Eusebio Planas. El nombre de Planas va unido al recuerdo de aquellas novelas por entregas de Enrique Pérez Escrich, Manuel Fernández y González, Ramón Ortega y Frías, Torcuato Tarraco y Mateos, etc., que llenaron el gusto de los románticos lectores de 1870 hasta el 20. Planas le daba forma corpórea a aquellas heroínas bellas, esculturales, de líneas delicadas, que sabía dibujar como nadie: asegúrase que firmó más de catorce mil dibujos de esta clase. Sus mujeres, como las de su discípulo Jaime Vals, eran inconfundibles. Y a todas éstas, ¿qué ha sido de Jaime Vals? Ya no se le ve. Desapareció como sus dibujos. Ya no se pintan mujeres finas, elegantes y bellas como las de Planas y Vals: un cambio de decoración en el gusto artístico. Recordamos nuestras reuniones en el saloncillo de Alhambra, con Pepito Gómiz, Jaime Vals, Jesús J. López, Cabrera, Roseñada, Arroyito. El casi exacto parecido de Arroyito con el artista americano de la pantalla Eddy Cantor, daba lugar a bromas y chistes de buena ley; eran los días de Karikato y los de gloria y oro de La Semana, de Carbó, en su primera época: cambio de decoración.

Los Estudios Roland, decíamos, han filmado recientemente una artística e interesante serie de «Postales Habaneras», en colores, que resultan de lo más acabado



que conocemos en su género, y que hemos tenido el gusto de admirar, una de estas últimas tardes, en el citado estudio, y en la grata compañía del doctor R. R. Montero, presidente de nuestra Audiencia. Acontecimientos sociales de los más escogidos; la boda de la bella señorita De los Reyes con el distinguido joven, señor Albarrán, en la poética finca del papá suegro, Don Gustavo, en el Wajay; recepciones de la Academia de Ciencias; actos universitarios; escenas de los clubs Náutico, Miramar y otros, de la playa de Marianao; vistas de diferentes sitios históricos de La Habana; costumbres y paisajes escogidos de la campiña cubana, etcétera.; muestras y regalos para el verdadero turismo, motivos de satisfacción.

Así como en un instituto de París se conservan en una bóveda, cerrados y lacrados, en una caja, cientos de discos con las voces de los más renombrados sabios, artistas, oradores y cantantes de la edad presente, para conocimiento de las venideras, en nuestra Universidad, de igual modo, debían conservarse, para deleite y conocimiento de las futuras generaciones, esos films de los Estudios Roland, Ren-Marc, Royal News, Crisol y otros que también prestigian la industria cinematográfica cubana, ejemplares tangibles de los infinitos cambios de decoración que ha experimentado nuestra Habana, y muestras palpables y fehacientes de nuestras viejas postales, que ya no serían descoloridas, sino, por el contrario, muy llenas de vida y de color... Bien que ese soplo sutil, ese toque supremo, esa pincelada definitiva y certera que el divino arte literario sabe imprimirle a sus creaciones...

Ahora, cuando se dispare en esta guerra el último cañonazo, y se disipe la cortina de humo de su último combate, y se extinga el último quejido de sus víctimas, y se ahogue el último sollozo de las madres, los huérfanos y las viudas, preparémonos para los más trascendentales sorprendentes e inesperados cambios de decoración.

M. Julio 12/42

